

**XXIV Jornadas de Investigadores del Instituto de Literatura Hispanoamericana -
Facultad de Filosofía y Letras (UBA) - Buenos Aires, marzo de 2011**

El Toque de Diana: figuraciones melancólicas de la comunidad

Simón Henao-Jaramillo
(IdIHCS-CONICET)

Este trabajo hace parte de una investigación sobre las figuraciones de la comunidad en la literatura colombiana de finales del siglo XX, en la que estudio concretamente las obras de Rafael Humberto Moreno-Durán y de Fernando Cruz Kronfly en relación con la disrupción de las identidades, la pérdida de paradigmas políticos y la propuesta de una escritura narrativa crítica a los pensamientos utópicos propios de generaciones precedentes. En la obra de Moreno-Durán, particularmente en su trilogía *Femina Suite*, estas marcas se dan de diversas maneras: en principio, como un modo crítico de poner en duda nociones rígidas y tradicionales de identidad y de representación. Pero también, y más detalladamente, en la manifestación del desencanto frente a las utopías y los ideales políticos, sociales e históricos; en los modos de relacionarse (afectivamente, sexualmente, lingüísticamente) los unos con los otros; en la indeterminación de los sujetos que aparecen (y desaparecen) en los relatos; en las relaciones entre lo masculino y lo femenino, entre lo público y lo privado, entre lo propio y lo extraño; en la formación de estereotipos y la disposición narrativa de su resquebrajamiento; en los desvíos de las narraciones “típicas” de hechos históricos, en su re-planteamiento, en su re-localización; en la constitución de los grupos sociales y de las particularidades ideológicas a que se aferran cada uno de ellos; en la crítica burlona a las instituciones; en la parodia, en el humor y en la ironía. Estos elementos, que aparecen en diferentes momentos de la obra de R.H. Moreno-Durán, productos de una variedad de recursos formales, técnicos y narrativos, permiten distinguir distintos modos de figuración de la comunidad. Uno de esos modos es el de la comunidad melancólica que aparece de manera privilegiada en la novela *El Toque de Diana*, publicada originalmente en 1981.

Como se sabe, uno de los tópicos de mayor impronta en la narrativa colombiana de fin de siglo XX es la violencia. La situación de permanente violencia, que ha

cooptado la historia de un país donde dar la muerte y recibirla han dejado de ser acontecimientos para convertirse en meros actos rutinarios, ha hecho que el desarrollo de procesos identitarios simbólicos y colectivos se encuentre fuertemente condicionado por ella. No es fácil encontrar una obra literaria publicada en Colombia en los últimos veinte, treinta años que no tenga, bien sea como hilo conductor, como trasfondo o como asunto marginal, algún evento relacionado con la violencia que vive el país. Sin embargo, hablar de una presencia de “lo melancólico” en la sociedad colombiana, producto de la constante experiencia de la muerte y del duelo que ésta conlleva, no debería, por mero desplazamiento de sentido, implicar que las coordenadas simbólicas y la proyección de significados con que esa sociedad es representada se encuentren también y a la vez connotadas por una rígida caracterización melancólica. Es decir, que el ejercicio –que ha sido realizado por buena parte de la crítica literaria- de incorporar las caracterizaciones más clásicas de “lo melancólico” en el estudio crítico de una u otra obra podría desplazarse hacia el intento de asir el sentido que una obra proyecta al universo de relaciones con el que los unos y los otros, sujetos dinámicos/individuos en relación, se constituyen como subjetividades en una sociedad. Esto implicaría, a su vez, que el interés se traslade del campo “terapéutico” que incorpora a la literatura dentro de un “*campo simbólico sanador*” (Jaramillo Morales: 323) – y que es, tal vez, el error más grave de algunos de los críticos que trabajan la representación de la violencia en la literatura y el arte colombiano- hacia un campo crítico cuya aproximación al concepto de “melancolía” se justifica en tanto problematiza el influjo que tiene la literatura –en su pertenencia a un campo simbólico social y como potenciadora de significados- en la relación entre la constitución de subjetividades y la comunidad, entendida como los medios y las formas en que se relacionan los unos con los otros.

De las novelas de R.H. Moreno-Durán quizás sea *El Toque de Diana* –novela que toma el universo castrense para hablar de la violencia no sólo como un escenario de trasfondo sino como un dispositivo que crea las posibilidades de relación de los personajes- la que mejor se preste para ser analizada desde esta perspectiva. A nuestro entender no serían allí melancólicas las caracterizaciones de los personajes, sino que lo melancólico estaría en el espacio dinámico en el que se dan las relaciones *entre* los personajes caracterizados en la obra de Moreno-Durán. Se trataría entonces de relaciones melancólicas y no ya de personajes melancólicos; no de entidades psíquicas

caracterizadas bajo los rasgos de “lo melancólico”, sino de la figuración de la comunidad dada a partir de una *disposición melancólica*.

El Toque de Diana es la segunda novela de la trilogía *Femina Suite*, y quizás sea, entre ellas, la de estructura más simple. Está compuesta por la alternancia de dos formas narrativas. Una es la suma de diferentes voces, ofrecida a través de un repaso intermitente entre fragmentos alternados de *La monja Alférez* de Thomas de Quincey y la observación de una reproducción del cuadro de Van Eyck *La boda de los Arnolfini*. Allí se muestra al Mayor Augusto Jota Aranda tumbado en su cama, leyendo, con una mano que cuelga del borde mientras consiente a su perro, indagando en su memoria, espiando a través de la ventana la figura femenina de Diana, una vecina que sale diariamente al balcón a extender la ropa. La otra forma narrativa es un diálogo entre Catalina Asensi, esposa del Mayor Augusto Jota, con su amante Juvenal, en el que comentan los raros comportamientos del Mayor quien, sospechoso de haber participado en un soborno, es destinado a un puesto de combate en la zona guerrillera del sur del Tolima. Puesto a elegir, prefiere ser retirado del servicio militar y recluirse voluntariamente en su habitación, donde el reflejo de un espejo pone el espacio en abismo y donde permanece por nueve meses en cama. Allí se dedica a leer, a recordar y a mirar por la ventana: “*El credo diario se repite y el Mayor se ve perseguido, atrapado, hundido en los médanos de su memoria: ¿cuántas veces al día –y cuántos días- ha sopesado los móviles de su desgracia?*” (Moreno-Durán, 2002 [1981]: 345). Su esposa lo cuida en un principio, como si se tratara de un enfermo. Pero con el paso de los meses, Catalina se harta de la desidia del Mayor y comienza a reprocharle su actitud y su falta de consideración hacia ella que se ha dedicado a tratar de sostener una boutique cada vez más cercana a la quiebra. Cuando Catalina descubre que el Mayor ha embarazado a Diana decide irse de la casa, abandonándolo a su suerte.

Lo melancólico en *El Toque de Diana* no está ni en aquello que se descubre y se justifica ni en el relato de los hechos; no está en aquello que se verifica directamente compaginando las caracterizaciones de lo melancólico con las caracterizaciones de uno u otro personaje -error, por cierto, en el que los propios personajes que circundan la reclusión voluntaria del Mayor caen una y otra vez, como si se tratara de pistas falsas:

“¿Neurastenia? ¿Depresión? ¿Simple spleen militar? La verdad es que tras el prolongado periodo de cama de Augusto Jota no logró escapar del artero dictamen de su mujer que, ya fuera porque estaba harta de sus baladronadas, ya porque quería curarse en salud, ya para abrirle campo a una coartada futura, cara al divorcio, y dejar sus manos libres para lo que viniera, añadió una nueva enfermedad al vasto repertorio que desde el primer día no cesaba de diagnosticarle. Esta vez el pronóstico fue una sutil y bien elaborada demencia maloncholica, ni más, ni menos...” (Moreno-Durán, 2002 [1981]: 499)

Más bien, lo melancólico, como disposición, como figuración de la comunidad, estaría relacionado con un procedimiento común a la narrativa de Moreno-Durán, que consiste en presentar a los personajes actuando bajo un permanente proceso de disgregación, puesta en cuestión y pérdida de sus subjetividades. En *El Toque de Diana*, este procedimiento es extremo. Podríamos arriesgar, en el caso del Mayor Augusto Jota y de su reclusión, que allí, en el espacio de su alcoba y, sobre todo, en el reflejo abismal que de ese espacio hace el espejo, que la figura del ex castrense deriva en un sujeto-sin-sujeto. Para la propia Catalina Asensi, quien es el personaje más próximo a él, es notoria esta pérdida de subjetividad, hasta el punto de ver en su esposo una figura más cercana a lo vegetal que a lo humano: *“Por mi parte nada tengo que ver con la postración de ese fermentado, pues he hecho todo lo que ha estado a mi alcance para arrancarlo de su lamentable estado. Algunas veces creo que hasta autista se ha vuelto: no habla, no come, no quiere saber nada de nada, nunca mira a los ojos, quieto y arisco a la vez, como si fuera un cactus”* (Moreno-Durán, 2002 [1981]: 377).

Al derivar en un sujeto-sin-sujeto, el Mayor Augusto Jota, sustraído de su propiedad, casi, se diría, actúa como un muerto: *“Los ojos se le nublan y la mujer, en una pesada mezcla de misericordia e incredulidad, no puede sustraerse un momento a recordar y grabar la terca imagen del castrense postrado en silencio. Sin importarle mayor cosa, el hombre había mantenido los ojos cerrados a la realidad y al tiempo, indiferente y digno y a la vez altivo como si estuviera siendo velado corpore insepulto...”* (Moreno-Durán, 2002 [1981]: 517). Esa indiferencia hacia la realidad, esa sustracción de la subjetividad se da también en el accionar del Mayor, en sus actos que derivan en actos de nadie. Termina por no ser él quien realice las acciones a las que lo conduce la narración. El ejemplo más inmediato de esto, y tal vez, además, el más extremo, por cuanto involucra su corporeidad en pleno, se da en el accionar sexual del

Mayor Augusto Jota. Tras una cena seductora y sorpresiva que le organiza a su esposa, Catalina Asensi, en medio de la ebriedad y el artificio, se disponen a asentar el matrimonio en la “*unitas carnis*”. Sin embargo, Catalina, a quien el Mayor apoda “el Bagre”, “*decide no entregarse sin antes hacer una que otra estimulante pirouette.*” (Moreno-Durán, 2002 [1981]: 407). Y entre esas piruetas, en ese accionar sexual, el Mayor abandona *verbalmente*, gramaticalmente, si se quiere, su sujeción –y con ello su voz, su primera persona- para volverse, para hacer-de-sí, una voz pasiva: “*Las medias son recogidas por Augusto Jota –voz pasiva impecable- que se arrodilla sobre el lecho, religiosamente, la frente apoyada sobre las cobijas pero el rabillo del ojo alerta y, en efecto, ahí viene el sostén...*” (Moreno-Durán, 2002 [1981]: 407).

La disposición melancólica estaría, entonces, en aquello que, precisamente, no es verificable puesto que no está dado en la sujeción de los personajes sino que se encuentra (se da), en la puesta en cuestión, y en la consecuente disgregación de las subjetividades; allí donde la dimensión inaprensible de las relaciones con las cuales los sujetos se vinculan los unos con los otros configura a la comunidad, es decir, en aquella dimensión dinámica en la cual se da la figuración narrativa de la comunidad. Y esa figuración de la comunidad está, en consecuencia de la radical puesta en cuestión de las subjetividades, hecha del fracaso, de la imposibilidad de las relaciones (afectivas, sexuales, lingüísticas). Cada uno de los personajes que participan de la disposición melancólica –el Mayor Augusto Jota, Catalina Asensi, Juvenal- está conducido por la experiencia que supone la “*absoluta otredad del prójimo*”. El prójimo, aquello que es lo cercano al sujeto, lo que lo limita y lo *sujeta*, es, en la naturaleza de la disposición melancólica presente en *El Toque de Diana*, un “*totalmente Otro*”. Para el Mayor Augusto Jota su esposa, su hija, sus amigos, sus colegas, sus vecinos, son sujetos con los que alguna vez “*pudo haber tenido*” una relación (en un pasado remoto, cuando era un respetado oficial del ejército; cuando llevaba con su esposa una amable relación erótica y lingüística) pero con los que ahora, en ese presente disgregado en que acontece la novela, sólo existe una absoluta distancia, una radical imposibilidad de relación, una plena disposición melancólica con la cual está hecho el fracaso de una comunidad cobijada por la violencia.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2002). *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Madrid, Editora Nacional.
- Blanchot, Maurice (2002). “¿A dónde va la literatura?”. *El libro que vendrá*. Madrid, Editora Nacional: 208-269
- _____ (1976). “Sobre un acercamiento al comunismo”. *La risa de los dioses*. Madrid, Taurus: 85-88.
- Esposito, Roberto (2007) *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (2009). “Melancolía y comunidad”. *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Barcelona, Herder: 45-57
- Freud, Sigmund (1993). “Duelo y melancolía”. *Obras completas*, XIV. Buenos Aires, Amorrortu: 235-255.
- Jaramillo Morales, Alejandra (2007). “Nación y melancolía: literaturas de la violencia en Colombia, 1995-2005” *Arbor*, 183, No 724: 319-330
- Moreno-Durán, R.H. (2002 [1981]). *El toque de Diana*. Bogotá, Alfaguara.
- Nancy, Jean-Luc (2001). *La comunidad desobrada*. Madrid, Arena Libros.
- Ortega, Francisco (2008). “Sin orden ni final. Escritura y desastre. Representación de la violencia en Colombia”. *Revista Iberoamericana*, LXXIV, 223, Abril-Junio: 361-378